

EL CORREO LITERARIO.

PERIÓDICO POLÍTICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

COLABORADORES.

Arteaga Alemparte, Justo
Arteaga Alemparte, Domingo
Barra, Eduardo (de la)
Blanco Cuartín, Manuel
Bello, Emilio
Barros Grez, Daniel
Espejo Juan N.
Gandarillas, Francisco
Lillo, Eusebio
Lira R., Pedro
Matta, Manuel Antonio

Matta, Guillermo
Moncayo, Pedro
Magallanes, Valentín
Murillo, Adolfo
Murillo, Valentín
Moreno, René
Rencoret, Ramón
Soffia, Antonio
Solar, Enrique
Santacruz, Joaquín
Valderrama, Adolfo.

SEGUNDA ÉPOCA.—NÚM. 4.—JULIO 31 DE 1864.

SANTIAGO.

Oficina central, plazuela de la Compañía.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD.

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Número 4.

Oficina central, plazuela de la Compañía, Junto a la Imprenta.

Julio 31.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, JULIO 31 DE 1864.

EPISODIO HISTORICO.

LA FRAGATA LAUTARO.

I.

En los momentos solemnes que atraviesa la América, cuando los espíritus trabajan por hacer revivir el ardor que alentaba los corazones en la época gloriosa de nuestra independencia, para dirijirlo a los fecundos fines de la unión de todo el continente, la relación de los hechos heroicos de los padres de la patria, está destinada a levantar el entusiasmo de los pueblos i a fortalecerlos en la fe de un porvenir brillante.

El primer combate de nuestra armada es un hecho que, como otros muchos episodios notables de la epopeya de nuestra emancipación, ha pasado casi desapercibido, porque a los ojos de los hombres la grandeza de los acontecimientos depende del tamaño de sus resultados, i muy pocas veces se defienden a contemplar el arroyo cuando saben que en su camino han de encontrar desbordados torrentes. Pero si en lugar de considerarlo como un hecho aislado se mira en él el primer destello de posteriores i continuados triunfos, i la primera irradiación del sol de la libertad en las aguas del Pacífico, las proporciones de su interés aumentan i se hace digno de salvarlo del olvido en que yace.

Otros se han ocupado ya en narrar este suceso, pero ninguno lo ha hecho con la precisión que el señor don Tomás Guido, testigo i actor de las escenas que refiere, en un artículo publicado en la *Revista de Buenos Aires*, del que extractaremos nosotros la mayor parte de lo que vamos a contar.

Antes de entrar en materia, harémos una ligera reseña de la situación en que se encontraba el gobierno nacional después de la infame jornada de Cancha Rayada, para que se comprenda mejor el pensamiento i objeto de la formación de la escuadra.

II.

La noticia de la retirada i dispersión de una parte del ejército patriota en Cancha Rayada produjo en Santiago i Valparaíso una profunda sensación de dolor, pero no hizo decaer los ánimos porque los ofrecimientos de recursos, para continuar la guerra hasta el último trámite se multiplicaron. El gobierno se preparó entonces para toda energía futura i, previendo un revés de fortuna, determinó que en caso de que las fuerzas que se reunían para presentar batalla al enemigo si este se dirigía a la capital, fueran derrotadas, efectuarse la retirada a Coquimbo i se transportaría una parte del ejército por mar i la otra por tierra. Pero la ejecución del plan

acordado era imposible mientras las naves españolas fueran dueñas del Pacífico. Ya el gobierno había comprendido la importancia del mar, i creía que si la posesión de una escuadra la guerra podía prolongarse mucho, puesto que las naves españolas estarían recibiendo continuamente refuerzos del Vireinato de Lima. La empresa era gigantesca en los momentos en que las armas nacionales estaban exhaustas, i cuando el puerto de Valparaíso se encontraba bloqueado por la fragata *Esmeralda* i el bergantín *Potrillo*. Necesario era, por lo menos, suspender el bloqueo que impedía la ejecución del plan concebido, i proceder poco a poco a la formación de una escuadra. Con este objeto comisionó el gobierno de Chile a don Tomás Guido, representante de las provincias unidas del Plata, i el 30 de Marzo de 1818 se le espidieron las credenciales para dar impulso al armamento naval i dirigir el plan de corso.

El señor Guido que tanto se había empeñado por la causa de la libertad, aceptó la comisión que le había confiado el Directorio, pero no se le ocultaban los inconvenientes que se oponían a la realización de tan importante pensamiento. El principal de ellos era la escasez de recursos pecuniarios.

En la penuria del erario se obvió esta dificultad por el Directorio, aunque no sin fatiga, atendida las circunstancias que agitaban al país, consiguiendo reunir con el concurso del comercio de Valparaíso i de algunos fuertes capitalistas chilenos la suma de doscientos mil pesos. Por una refinada delicadeza el señor Guido renunció la custodia de estos fondos que estaban destinados a la compra de buques, armamentos i aprestos navales, i fué nombrado en su defecto el ciudadano don Ramón Valero.

Estaba a la sazón surta en Valparaíso la fragata *Windham*, de la compañía de las Indias orientales, de ochocientas toneladas de porte. Gobernábala el capitán Andrews, con quien había que entenderse para la adquisición del buque i aparejos, porque es de advertir que había venido de Inglaterra a instigaciones del jefe del gobierno de Chile en Londres, don José Antonio Alvarez Condarcero para ofrecerla en venta a nuestro gobierno (¹); pero cuando ya se había realizado el contrato por el señor Guido comisionado del Directorio, i cuando se iba a tomar posesión de la fragata, el vendedor apercibido del conflicto que amenazaba a Chile, eu visperas como estaba de un combate dudoso, pretendió retractarse si la garantía del gobierno de las Provincias Unidas no respondiese por cincuenta mil pesos que restaban al pago.

Era forzoso resolverse inmediatamente en el sentido más favorable, i el ilustre representante del gobierno del Plata no trepidó en afianzar bajo su firma i sello nacional la entrega de la suma adeudada. Sus facultades, empero, no alcanzaban a tanto, pero cediendo al apremio de las circunstancias, prestó la garan-

(1).—B. A. Historia de la independencia de Chile

tía ocurrió en seguida al valimiento del jeneral San Martín, seguro de que su conformidad con cualquier acto oficial de la legacion, arrojaría un gran peso en la balanza del juicio del gobierno argentino, i así sucedió en efecto, porque mas tarde aprobó este proceder.

Era entonces gobernador de Valparaíso el jeneral don Francisco Calderon, uno de los mas entusiastas por el pronto equipo de la nueva fragata. Los aprestos marchaban rápidamente con la importante cooperacion del capitán don Juan Bidile, al mando de la corbeta de guerra americana *Ontario*, que ofreció los carpinteros i herreros de su embarcacion, que aceleraron las obras de su oficio, a bordo de la *Windham*, cuyo armamento se completaba apresuradamente.

Para dirigir estos trabajos i poner en estado de guerra a dicho barco cuyo nombre cambió el señor Guido con el beneplácito del Directorio, por el del valiente araucano *Lautaro*, se eligió al oficial don Jorge O'Brien, gallardo joven, ex-teniente de la armada británica en donde se había distinguido, i al marino Turner, que vino a Valparaíso en clase de piloto de la fragata que se trataba ahora de armar. Al primero se confirió el mando de la *Lautaro*, i a Turner el grado de segundo comandante; ambos consiguieron reunir marineros de las embarcaciones mercantes, a los que agregada la compañía de cazadores mandada por el capitán Miller, destacada para la guardia del buque, quedó organizado su equipo, i muy pronto artillada con cuarenta i tantas piezas de calibre de 12 a 24.

Preparábese este armamento casi a la vista de las embarcaciones bloqueadoras, la fragata *Esmeralda* i el bergantín *Potrillo*. Desde ellos era fácil distinguir con el anteojo la arboladura, el porte, el aparejo i hasta el color exterior de la *Lautaro*. Voltejaban a la entrada de la bahía acechando las embarcaciones mercantes que quisieran entrar al puerto, i a veces se retiraban a alguna distancia de la costa. Estas circunstancias era preciso aprovecharlas para el plan de ataque cuyos aprestos se hacían con tanta actividad.

III.

Todo estaba preparado para el ataque, artillado el *Lautaro*, completo su armamento i equipo, aunque con marineros bisofos. Como ya lo hemos dicho, el señor Guido tenía amplios poderes para obrar i debía hostilizar cuanto antes al enemigo que se enseñoreaba en las puertas de la bahía. En consecuencia espidió al comandante O'Brien, mas o menos las siguientes instrucciones:

El comandante dividirá la tripulación i tropa de marina en tres fuertes partidas de abordaje: la primera bajo el mando del teniente Turner, la segunda al del capitán Miller i la tercera en reserva, a su inmediata orden.

Atento a los movimientos de los bloqueadores, procurará zarpar sin ser sentido por el enemigo, que diariamente se aleja del puerto; i una vez fuera navegará hasta perderse de vista en el horizonte, i quedar fuera del alcance de los vijias enemigos. Durante la excursion el comandante se ocupará activamente en la instrucción i disciplina de sus marinos adiestrándolos en las armas.

Dispondrá que la pintura externa del *Lautaro* sea inmediatamente cambiada por otra de color distinto, i hará en la arboladura todas las alteraciones que la ciencia náutica permite, con el fin de desfigurar el barco para que no sea conocido.

Terminados estos trabajos el comandante singlará en busca del enemigo i apenas alcance a divisarlo, izará bandera i gallardete de los usados por la marina inglesa, i con estas insignias, les dará caza hasta aproximárselas; arríndolas entonces mandará izar el pabellón de Chile, afirmándolo con un tiro de cañón. Cargará sobre la marcha a todo trapo sobre la *Esmeralda* i la abordará resueltamente, ordenando el primer asalto a su teniente Turner, el segundo al capitán Miller, reservándose para el último el mismo comandante O'Brien, si el conflicto exigiera su arrojo personal.

Tales eran las instrucciones que el señor Guido había dado al jefe de la expedición. De su cumplimiento dependía el éxito de la empresa. El plan estaba hábilmente concebido i solo exigía valor i prudencia, pero como estas dos cualidades tan esenciales en los momentos de conflictos no se encuentran sino muy raras veces reunidas en un hombre, faltó una de ellas i no se dió cumplimiento exacto a las instrucciones.

Veamos como el señor Guido refiere el abordaje que él mismo había dispuesto:

«El bravo i leal marino ejecutó puntualmente mis órdenes al burlar la vijilancia de los bloqueadores hasta ponérse fuera de su vista; pero impelido por la impetuositud de su carácter i ya distante de la costa, precipitó la operación ántes de completar la instrucción de su gente; i virando de bordo después de su salida, se fué en persecución de la escuadrilla enemiga. El disfraz del *Lautaro* se hizo con tanto acierto, que a un tiro de cable i habiendo ganado a la *Esmeralda* la cuarta de popa de barlovento, le creyó ésta un buque inglés, i poniéndose en facha, su comandante don Luis Ceig, tomó la bocina i gritó con voz estentórea: «¡Eal ese barco se nos viene encima!» Era ya tarde: ¡cuál no sería su asombro i el de sus marineros al ver tan pronto realizado su anuncio! En efecto, el *Lautaro* se había arrojado con toda intrepidez sobre su presa. Había llegado el instante supremo de estrecharse ambos buques a tocapiénoles. El choque fué terrible. O'Brien arrastrado por su denuedo, descuidó la terminante prevención de confiar a su segundo Turner la primera partida de abordaje, sin lo cual la victoria habría sido completa. Faltóle abnegación para ceder a su teniente la honra de ser el primero en afrontar el peligro; i después de dirigir la proa de su barco sobre la popa de la fragata española, metiéndole el bauprés i rompiéndole el aparejo de manga, saltó con su sección de bravos arriba en mano sobre su cubierta, con tal arremetida, que la tripulación espantada i fuera de puestos, huyó del primer puente, tirándose al segundo por las escotillas, quedando el comandante O'Brien en plena posesión de la *Esmeralda* a la vela.

«Vestía este noble marino el uniforme de su grado de teniente coronel, i de pie sobre el alcázar del buque apresado, daba voces de mando, arriada ya la bandera del rey; lo que observado por un soldado de los agrupados en el entrepuente, preparó su arma i le asesó por entre la escotilla un tiro de fusil, que le atravesó el pecho i derribóle exánime para no levantarse jamás. Uno de los actores de aquella escena sanguinaria, ilustrado mas tarde por acciones brillantes, el jeneral Miller, cuenta que ántes de espirar dijo O'Brien estas últimas palabras: «¡no te abandoneis, muchachos, la fragata es nuestra!» Así terminó sus días aquel héroe estranjero, hijo adoptivo de la América libre!

«Qué hacia entretanto el teniente Turner? Dícese que la misma avería causada al enemigo en el primer choque, impidió a los compañeros de O'Brien el que pudiesen seguirle; i también se agrega, que un golpe de mar separó las dos naves en lo más crítico del lance. La verdad es que el jefe quedó solo con su gente, la que viéndole cadáver, entró en confusión, llamando en su auxilio al *Lautaro*, apercibido ya de la ausencia de su comandante. Reemplazándole Turner se acercó de nuevo a la *Esmeralda* echando sus botes al agua con el intento de que la fuerza que se le había encendido antes de entrar en acción, se trasbordase a la presa para reforzar a los vencedores i asegurar el triunfo. Mientras tenía lugar esta maniobra, vueltos los españoles de su sorpresa i notando el corto número de los asaltantes, cobraron ánimo, se armaron, i empezaron a hacer fuego sobre ellos. La muerte de O'Brien, unida al aislamiento en que quedaron los suyos, les había naturalmente impresionado; así es que cuando Turner se acercó, consternada su gente por la pérdida que se acababa de experimentar, aquellos entre los primeros al asalto que pudieron hacerlo, aprovechando la ocasión se tiraron precipitadamente a los botes, mientras la sección auxiliar se mantuvo a su bordo. La empresa fracasaba en parte por un viento de la fortuna. Entretanto el bergantín *Potrillo* de 18 cañones, a la vista de la *Esmeralda*, creyéndola perdida en el primer encuentro, arriaba su bandera; i en efecto, hubiera quedado en nuestro poder, si el teniente Turner con mejor pericia, ya que no sería justo atribuirlo a falta de valor, hubiera sabido afianzar la victoria obtenida en el primer abordaje.

«No obstante, el oficial encargado de la segunda batiría, en la que había dos piezas de a 2½ colocadas en proa i a medio tiro de pistola de la popa de la *Esmeralda*, mandó hacer fuego sobre ella a doble carga, con tanto efecto, que el primer disparo causó un horrible estrago, derribando gran número de hombres de los reconcentrados en el entrepuente, i produjo un incendio que no pudo apagarse sino a costa de larga fatiga. Las averías de la fragata española i la pérdida de un tercio de su tripulación no podían repararse en el mar, i a juicio del comandante no le quedaba salvación sino refugiándose a Talcahuano. Forzó de vela en demanda de la bahía, siguiéndole en conserva el bergantín *Potrillo*. No pudo el *Lautaro* frustrar esta maniobra, aunque persiguió al enemigo, por la superioridad de este en su marcha. Cruzó por algún tiempo re-tableciendo la moral alterada en la tripulación, preparándose para volver al fondeadero.»

IV.

Así desapareció del puerto de Valparaíso el bloqueo español, i tal fué el primer drama sangriento que en las aguas del Pacífico se representaba en honor de la libertad i de la independencia, solco luminoso que ha irradiado en ulteriores triunfos, i que reflejará en el futuro como feliz presagio de una época grandiosa.

Honor a los valientes que tuvieron la gloria de combatir los primeros en medio de las ondas por la causa de la América!

Honor al ilustre Guido!

Cuando este servidor de la causa americana nos refiere hoy a la sombra de sus años lo que entonces ejecutaba, parece que temiera ver olvidados sus servicios, i copia el siguiente pasaje de carta del Supremo director Puirredon:

«Amigo mío querido, veo con sumo placer la eficacia con que Ud. trabaja, aun mas allá de su ministerio, para asegurar la libertad de ese país, i aumentar sus ventajas: él nunca olvidará sin ingratitud lo que debe a sus libertadores...»

Nó! Chile no es ingrato, ahí está el bronce inmortal del libertador! Ahí la imagen venerada de San-Martín donde el pueblo va a encender su entusiasmo en los días de conflicto, i a dar expansión a sus alegrías en los días de gozo!

LECCION PROVECHOSA.

I.

La tarde era hermosa; el sol de setiembre, perdiéndose en el occidente, llevábábase consigo ese manto de dorados tintes con que adorna las nevadas cimas de los Andes, arrastrándolo lentamente por el espacio al través de transparentes nubecillas, formando con él variados arboles. Mientras tanto, apoyando la cabeza en el postigo interior de una ventana en una elegante habitación, Arturo Escobar contemplaba esos arboles con semblante triste, i tan preocupado estaba, que al tocarle el hombro el Doctor..., cuyos pasos no había sentido, se puso repentinamente de pie, con un movimiento involuntario i nervioso.

—Qué tienes Arturo? dijole el Doctor, esa tristeza que veo en tu semblante no es habitual en ti, demuestra algún sentimiento que debes comunicarme; recuerda que soy, aunque de tan diversa edad, tu mejor i más íntimo amigo; jamás me has ocultado tus gustos ni tus penas; dame el pulso; malo, nervioso, agitado ¿qué tienes?

—Nada, caro Doctor, nada.

—Dime ¿es justa, es propia esa reserva contigo?

Arturo quedóse siempre demudado, silencioso, tratando de sonreir, pero con una amargura que acabó de alamar al Doctor.

La oscuridad principiaba a invadir el salón, cuando entró en traje de paseo la bellísima Celia, esposa hacía ya cerca de dos años de Arturo, i saludando ligeramente al Doctor, volvióse hacia su marido diciéndole en tono de reconvencion:

—Pero qué es esto? que desatención! encienda Ud. el gas, esto parece una boca de lobos cuando llego a casa aborrezco hallarme en tinieblas: si yo no advierto las cosas nadie hace ya Ud. para darme gusto.

Arturo encendió un fósforo, dió luz al gas, i se volvió a su asiento ahogando un suspiro.

—Suspiros! suspiros! ya no haces otra cosa.

Arturo haciendo al Doctor una seña casi imperceptible, murmuró a media voz: pero hijita!

Esta hizo un torcido de cabeza i continuó:

—Ya estás con tus distracciones, rompiendo cuanto tocan tus manos; tanto que te lo digo!

El pobre Arturo era en efecto culpable; hundía distraídamente sus dedos en el tejido de un paño al crochet que estaba al alcance de su mano, la que retiró sin contestar, i parándose, cojío del suelo i pasó a Celia un finísimo i pequeño cuadro de Batista de un palmo de jennero rodeado de bordados i encajes, que esta había dejado caer; ella al recibirla, lo aproximó a su pulida nariz i lo arrojó esclamando:

—Jesus! uff! sabiendo que me hace tanto mal me das el pañuelo pasado a tabaco; ya no me guardas la menor consideración.

Escobar complaciente, siempre pensando disipar el mal humor de su esposa i darle una sorpresa agradable, puso en sus manos una cajita de terciopelo morado, recordándole que era el segundo aniversario de aquél felíz dia en que ella había consentido en admitirle

por esposo. Ella abrió la caja en cuyo interior había enroscada una soberbia pulsera de oro cuajada de turquesas, mas en lugar de agradecer tan delicado recuerdo púsose a esclamar.

—Turquesas! turquesas! de todas las piedras las mas deslucidas, las que me son mas antipáticas, pero esto a ti ya nada te importa, para nada consultas mi gusto ¿dónde la compraste para cambiarla?

—Ya no se puede, hijita, le hice poner tus iniciales.

—Pues entonces yo no la usaré.

Arturo apesadumbrado de ver lo que sucedía en presencia del Doctor, quiso dar otro giro a tan desagradables sucesos proponiendo a Celia cantara un romance favorito a su anciano-amigo.

—Qué cantar yo ahora que vez que llego muerta de cansada del paseo? ¡qué ocurrencia!

—Pues, hija, tócanos algo entonces.

—No he dicho que esto cansada? i apróposito de cantar. «Pasate al alcancón de música de Pellegrini a pedirme esa aria que te encargué?

—Perdona, Celia; se me olvidó, pero te prometo que mañana ...

—Mañana, sí mañana! bien veo que cuanto deseo o me gusta, todo lo olvidas siendo cosa para mí, i abalanzándose al desecharlo pañuelo, cubriése con él los ojos i se fué cerrando tras si la puerta con estrépito.

Arturo hizo ademán como para seguirla, pero el Doctor lo detuvo diciéndole: ven aca, siéntate, ya conozco la causa de tu pesar.

—Asegure a Vd., caro Doctor, que ella no....

—Bien, bien; entiendo. Creo que ella te ama, pero se ha vuelto petulante, exigente a causa de tu excesiva bondad, i hace de tu vida un infierno.

Apoyando su cabeza entre sus manos, Arturo dijo tristemente:

—Es verdad, mi vida es insoportable, pero a pesar de todo, conozco que ella me ama. Oh! cuán feliz sería si ella tornara a ser mi Celia de un año ha.

El Doctor mientras tanto le observaba quitándose los anteojos, limpiaba los cristales con un gran pañuelo de seda i determinándose repentinamente miró a Arturo diciéndole: ¿quieres recobrar a tu Celia de antes?

—Sí Doctor, si, daría mi vida si es que esta no me fuera necesaria para gozar de esa dicha.

—Bien pues; prometeme bajo tu palabra obediencia completa.

—Será implícita, Doctor.

II.

—Por qué te has levantado hoy tan tarde, Arturo?

Celia se hallaba en traje de mañana sentada a la cabecera de una bien servida mesa de almuerzo i hacia rato que esperaba impaciente.

—Tarde! linda cosa que uno no tenga en su propia casa el derecho de levantarse a la hora que se le antoje!

Celia miró a su esposo con sorpresa, pues jamás la había tratado de ese modo. Escobar tomó su asiento con semblante terco, trastornando al paso un canasto de costura i esclamando:

—Dime, Celia, por qué pones tu malvado canasto en todo el camino? i este maldito café que me has servido para cocerme el paladar!

—Pero, hijo, no has dicho siempre que lo prefieres así?

—Preferir! qué he de preferir! i ademas le has puesto tanta leche que parece destinado al gato!

Celia ya no resistió mas i principió a sollozar en silencio. Arturo se levantó de su asiento con ademán impaciente i se fué. Volvió a la tarde i sin dirigir la palabra a su esposa, se tiró cuan largo era sobre su sofá.

Celia se puso al piano, dejando vagar sus dedos distraídamente sobre el teclado.

—¿Quieres hacerme el favor de dejar esa maldita bulla que me aturde cuando me duele la cabeza?

—Pero, hijo, si no sabía...

—Pues debió U. conocerlo por mi semblante, sin necesidad que se lo dijera! I se levantó tomando su sombrero.

—Adónde vas, Arturo?

—Pues estamos frescos que tengo uno que dar cuenta de sus mas pequeños pasos!

—Es que esta noche espero algunas amigas.

—Bien i a mí qué me importa? si U. convida personas a su casa sin consultar a su marido, recibílos U. sin él; yo tengo compromiso de ir al teatro.

Esa noche volvió Arturo a su casa a una hora muy avanzada.

El siguiente dia i los demás por un semana entera fueron aun peores para la pobre Celia, hasta temer que su marido perdía el juicio i que ella había perdido su cariño; i se resolvió por fin a ir a casa del Doctor, el mejor amigo i consejero de su esposo: este la recibió con su habitual cariño; la entrevista no fué larga, i cuando el Doctor acompañó a Celia hasta el carruaje, al despedirse se dirijeron una mirada de maliciosa inteligencia.

Esa tarde Celia esperó a su esposo cantando con alegría; llegó este por fin con la terquedad que acostumbraba últimamente i tan pronto como vió a Celia esclamó:

—¡Ha hecho U. poner botones a mis camisas? no hay una que los tenga completos.

—No señor, no, ni pienso hacerlo! le replicó en tono petulante, i quiero que U. me dé una explicación acerca de la conducta de Barba-azul que ha observado U. conmigo últimamente!

—Celia esclamó Arturo en tono de duda.

—Arturo! dijo Celia con ternura, rodeándole el cuello con sus torneados brazos, en uno de los cuales llevaba la pulsera de turquesas: perdóname, he sido una insensata, todo lo sé, es instintivo que finjas por mas tiempo, ha estado en casa del Doctor i todo me lo ha comunicado; la lección será provechosa, yo no había conocido la fealdad de mi conducta, hasta no verla reflejada por la tuya para conmigo, ¡qué días tan amargos he pasado! en adelante seré tu Celia, aquella Celia de un año há que tú tanto deseabas recobrar.

—Mi Celia, mi querida esposa, perdona esos amargos días, mucho mas crueles para mí.

—I tú, mi Arturo tan querido siempre, perdona a quien tiene mas de que culparse; pero te prometo que la Celia de últimamente se ha ido para siempre de esta casa, dejando en su lugar a la que te adora, a la que hará tu felicidad.

EMILIO.

LA MENTIRA.

No hai remedio: a pesar de lo feo que es mentir, la mentira es muy bella. I esto no es una paradoja, i por cierto que tampoco una novedad, desde que Arjenojo escribió ya a fines del siglo diez i seis su conocido soneto: «Yo os quiero confesar, don Juan, primero, etc.»

No está de más recordar que el mundo tan atrasado como se piensa. El mas popular acaso de los poetas españoles del siglo de las luces escribe con cierta novedad;

•Feliz a quien meces,
Mentira, en tus sueños;
Tú sola halaguemos
Páceres nos das.
¡Ai nunca busquemos
La triste verdad!
La mas escondida
Talvez ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño!
¡Con él un pesar!*

Esto despues que Meléndez ha dicho hace cerca de cien años:

•Las virtudes son severas
I la verdad es amarga..

Bien que no se oícidó de agregar:

•Quien te la dice (la verdad) te estima,
I quien te adulta te agravia..

¡Bonito modo de estimar, sin duda, el de decir a uno cosas amargas! Mas por lo que hace a mí, mal que le pese al señor Meléndez, prefiero mil veces que me digan cosas agradables, aunque me detesten, a que me digan cosas amargas, aunque los que me las digan me adoren.

I siguiendo en mi cuestión. Conformes como están los literatos en el gran mérito de los poetas citados, creo que mis lectores no trepidarán un punto en admitir el aserto con que he encabezado el presente artículo: i si es así ¡pobres filósofos! ¡pobres amigos de la verdad!

Pero es necesario no contentarse con la enunciación del pensamiento: voi a dilucidarlo, voi a probar su verdad; esto es, voi a probar la verdad de la mentira.

¡Qué fatalidad! Hé aquí que uno de mis amigos llega a interrumpirme....

Ya se fué ¡Cuán otro es de lo que yo me había figurado! Si lectores; antes de tratarlo a fondo creí encontrar en él la realización de mi ideal de amigo ¡sombras que pasan, flores que se marchitan, ilusiones que se desvaneceen! Permitidme derramar una lágrima sobre la tumba de una de mis mas queridas esperanzas!....

Ahora que la intimidad nos une he visto la vanidad de mis sueños; tiene las mismas miserias, los mismos defectos de los demás hombres. Esta es la verdad, bien triste por cierto: ¡cuánto más feliz era yo en mi engaño! era una mentira tan dulce!

Sin querer ni pensarlo he venido a tomar de nuevo el hilo de la cuestión ¡álstima que muchas espontaneidades sean como esta mia! Sin embargo, algunas de ellas son preciosas: éno os acordáis del ¡Quos ego! de Virgilio? es un rasgo mui espontáneo, mas cuánto lo pensaría?

Creo oíros que me llamáis a la cuestión: esto en ella; no me habeis dejado concluir porque, al ir a sacar la consecuencia de lo dicho, me habeis interrumpido.

Iba a continuar que desde que un acto era espontáneo no podía haber ficción en él, pero que el hombre, que ha sabido llevar el arte de la imitación a un grado de perfección mui elevado, revestía i adornaba primorosamente con la máscara de la espontaneidad muchas de sus acciones, haciéndolas, mediante ello, aparecer mas grandes i hermosas: esto es, se vale de la mentira para realizarla; de lo que no puede sacarse otra consecuencia que la de ser muy bella la mentira.

Nada mas lógico.

Si en una cosa bella ponemos otra fea, la primera decae en mérito; si en una cosa bella ponemos otra mas bella, o en una fea, es claro que ambas ganarán en hermosura.

Diganlo sino las mujeres qué a fuerza de la mentira de los adornos i composturas, nos han llegado a parecer hermosas, cuando sin eso no las habríamos calificado nunca de nada mas que de regulares.

Diganlo sino muchos jóvenes que, por su buena cara, sus elegantes vestidos o sus cuantiosos reales, hacen en nuestra sociedad un enviable papel, faltándoles absolutamente el talento i la virtud, únicos méritos verdaderos en un hombre.

Diganlo del mismo modo tantos libros que, bajo unas lujoosas tapas en una primorosa edición, no contienen nada mas que palabras vacías o lamentables contrasentidos i que, ignorando uno lo que en realidad valen, los compran i los leen, engañado por la belleza de la forma.

¡Cuántas niñas elegantemente vestidas nos han parecido bonitas, al mirarlas un poco de lejos a la indecisa luz del crepúsculo! Cómo se nos ha desvanecido la ilusión, al

hablarlas i verlas despues de cerca en un salón bien alumbrado!

Es porque en el primer caso distinguimos solo la mentira, i en el segundo penetramos la verdad.

La hora mas agradable del día es la de oraciones, cuando, despues de haberse escondido el dorado gigante tras los cerros del ocaso, vemos aparecer a la noche que corre en su busca, llorando estrellas i vestida enteramente de luto, por la constante fuga de su desdichoso amado.

Las noches de luna son igualmente hermosas: parece que el corazón sintiera mas, se dilata, al penetrar en nuestros ojos los timidos reflejos de la melancólica virgen de las sombras.

Todo, sin embargo, no es mas que por ser el crepúsculo tan engañoso como las noches de luna, la hora mas mentirosa del día.

—Os vais convenciendo? —Prosigamos.

Amable Elvira ¿te acuerdas de Eleodoro? recuerdas que lo desprecias porque no sabía decirte las bonitas frases que te prodigaba Autoco, lleno de amor al parecer? Dices que si: pues bien, desde la historia aquella con el último, —no le pregunto si también la recuerdas, porque es de esas que, por desgracia, no podemos nunca olvidar:—desde aquella historia, te decía, él se ha separado de ti, i tu recuerdo no aparece en su memoria sino por casualidad de tarde en tarde, i entonces para hacer asomar a sus labios una sonrisa burlona que bien pudiera despedazarte el alma, si la vieras,

¡Eleodoro, me preguntas? Eleodoro te ama todavía tocamente; al revés de lo que le pasaba a Autoco, a él le faltaban palabras porque le sobraba sentimiento; ¡Dudas de mi verdad? pobre Elvira, el amor de tu amado tenía muy galantes i entretenidas frases para ser verdadero ¡aparecía a tus ojos demasiado bello para que no fuese mentira!

—Parece que os convenceis, lectores.—Continuemos. El hombre es el rey de la creación; ¡qué serán los súbditos! tiene algunos atributos o perfecciones que lo colocan a grande altura sobre los demás seres que hai en el mundo, la razón, la palabra i la mentira; he aquí tres cualidades absolutamente privativas suyas.

La mentira en primer lugar; despues las otras dos. Mis lectores, lo mismo que yo, habrán conocido hombres faltos absolutamente de razón o de palabra, pero de mentiras no, pues hasta los tontos, los locos i los mudos tienen: menos que los demás, es cierto; pero esto es muy natural desde que ellos son mas imperfectos.

Un joven a que conozco embriagóse no a mucho en mi presencia, hasta el extremo de perder la cabeza; (no se desdena de hacerlo muy comunmente el orgulloso rei del universo). Pues ha sido la vez que he visto a mi amigo decir mas verdades; casi no dijo una mentira: pero ¿qué quereis tambien? en tal estado no podía darse cuenta de sus actos.

—¡Dudas de lo que os refiero? —Os estas haciendo que dudas, bellísimas lectoras.

Lo ultimo que habeis leido lo sabiais tambien como yo, pero como seria feo confesar que habiais estado entre personas que se embriagaban, vuestro pudor os aconseja mentir, si, mentir, queridas mías.

Asi os diera yo una copita de champaña, a ver si decias lo mismo. —Os reís? —Qué significa, Lucha, ese jesto? —Aunque no me contestes; ese jesto significa: «Ines ¿te acuerdas...?»

—Me contradecís? —no me importa, que ya eso lo esperaba; se que estas en vuestra razón i que, por consiguiente, no habeis de confesar la verdad: para ello sera necesario que hubieseis perdido la cabeza.

Con que, al fin os convenceis, lectoras, estáis acorde con mi opinión?—

—No?.... ¡gracias a Dios! Era todo lo que esperaba, por que, si me hubierais dicho que si, me habrían dicho la

verdad, i al terminar mi articulo, no habria sabido por quien proclamar el triunfo, si por la verdad, pues os arrancaba una, o por la mentira, pues solo por ella habia confesado la verdad.

¡Viva la mentira! Qué viva el siglo diez i nueve en que se ha proclamado su victoria! Vivan los hombres de nuestra época que, con su aceptación práctica, proclaman tambien este triunfo!

Noviembre de 1863.

PEDRO LIRA.

POESIAS.

ODA AL AMOR.

Te, dea, te fugient venti, te nubila costi,
Aventurante tuum; tibi suaves dædala tellus
Summittit flores; tibi ridens sequora ponti,
Placatumque'nter diffuso lumine cœcum.
(Lucrécio lib. I).
Inque brevi spatio mutantur soecæ soimantum
Et, quasi cursores, vîni lampada tradunt.
(El mismo, lib. II).

I.

¡Oh Amor! tú que gobiernas
El sentimiento humano,
Que ensalzas o prosternas
Con invencible mano
El inmortal espíritu
Que anima nuestro ser!
¡Deidad, cuyos santuarios
Tiernas ofrendas llenan,
I nunca solitarios,
Con ecos mil resuenan
De jubilosos cánticos
Que aclaman tu poder!

II.

Jamas tu santo nombre
Juró mi labio en vano,
Ni de tu lei, al hombre
Impenetrable arcano,
Mofé en impia sátira
O en chiste baladí.
Tu alto misterio adoro,
Tu omnipotencia siento,
I hei, que a mi musa imploro
Nuevo favor i aliento,
A ti de mi fiel citara
El primer canto, a ti!

III.

Al rei de la colina
I a la del prado diosa,
A la orgullosa encina
I a la purpúrea rosa,
La luz del sol vivifica
Dió pródigo el Señor,
I a el alma humana, jérmen
De simpatía i ciencia,
En cuyo seno duermen
Verdad, bien i creencia,
Le dió tu luz purlísima,
Tu luz fecunda, Amor!

IV.

¡Ai de la pobre planta
Que el sol nunca ha mirado,

I pálida levanta
En medio del nublado
Su estéril rama, huérfera
De aromas i de flor!
¡Ai del mortal que un rayo
De amor jamas ha herido,
I en lánguido desmayo
Su corazón sumido,
Se ajita en una atmósfera
Sin luz i sin calor!

V.

¡Oh cuán de otra manera
Si, Amor, tu lumbré viertes
Del alma en la alta esfera,
I fújido conviertes
La infancia i su crepúsculo
En alba i juventud!
El silencioso velo
Se vé caer, las nieblas
Disipan, i el cielo
De mil celajes pueblas
Rosados, blancos, diáfanos,
De casta beatitud.

VI.

A recibir tu aliento,
Del hombre la conciencia
Despierta al sentimiento,
I effluvios de alma esencia
En expansión magnífica
Exhalas el corazón:
A tu calor respira
Perfume la ternura,
Inspiracion la lira,
Fulgores la hermosura,
La ciencia fe i espíritu,
El arte creacion.

VII.

Tú irrádias, i en el mundo
Del alma es primavera:
El germinar fecundo
Bullir se oye doquier,
Gloriosas metamorfosis
Contémplanse doquier:
La voz, la risa en notas
Transfórmense i en canto,
En temblorosas gotas
De albo rocío el llanto,
En mariposa nítida
La oruga del placer.

VIII.

Tu luz a nuestra mente
Explica todo arcano:
El idioma rujiente
Del tumbido océano,
Los himnos del imperio
De bendicion i paz,
Del viento los jemidos,
La queja de las brisas,
La lengua de los nidos,
Del bosque las sonrisas,
Las codiciadas lágrimas
De la aurora fugaz.

IX.

¡Deidad augusta i pura,

Antorcha de la vida,
Que con mortal presura
Trasmite, a la partida,
A sus hermanos pósteros
Cada jeneración!

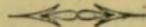
En vano a tu ara insulto
Arroja el sensualismo
En su grosero culto,
En vano el ascetismo
A tu poder sin límites
Disputa el corazón.

X.

¡Tú no eres, nó, la suave
Voz de sirena odiosa,
El banco en que la nave
Encalla impetuosa,
La perfida luciérnaga
Que engaña al viajador!

¡Tú eres la voz que un día
Pablo oyó en su camino,
La estrella que nos guía
Con resplandor divino
A las celestes márgenes
Dó reina el Criador!

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.



EL JAZMIN.

Blancas hojas nacardadas
Te dió grata la natura,
I a tu cañiz la amarreza
De las hielas del amor.

A. BERRIO.

Cuando mi frente pálida cubría
Un velo tenebroso de tristura,
Tu mano divinal puso en la mia
Una flor de una lívida blancura.

Una noche, recuerdo que la brisa
Con éxtasis profundo respiraba,
En mis labios, de fuego, una sonrisa,
Emblema de placer se dibujaba.

En mi mano un jazmin convulso asia
I lo besaba con voraz delirio,
Un nombre a la memoria aparecía
Que era mi dicha i a la par martirio.

La brisa de la noche clara i pura
Celosa de mi dicha i de mi amor,
Usurpóme traídora mi ventura,
Las hojas del jazmin me arrebátó.

Mas, vivo ese recuerdo permanece
Arraigado en el fondo de mi pecho,
I consuelos i amor tierno me ofrece
En mis horas de angustia i de despecho.

Me pides, bella niña,
Que vibre de mi lira
Las cuerdas insonoras
I te dedique a tí
Los écos sin sonidos
Que a mi laud inspira,
La tímida hermosura
Del lívido jazmin.

Gustoso, amiga mía,
Dedicaré mis versos

A quien con su acojida
Los enaltece, sí;
Pues tengo la esperanza
Que cuando yo me aleje,
Cuando mis versos leas
Te acordarás de mí.

En esa flor divina mi mente bosquejaba
La antorcha que al viajero repente iluminó,
Cuando en la noche oscura errante caminaba
Buscando su morada, la virgen que adoró.

B. M.

Valparaíso, junio 13 de 1861.

ULTIMA SALIDA

DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Hoi vemos en nuestros mares
De pirata a Don Quijote,
No ya enderezando tuertos,
Si comandando ladrones.

Antes para combatir
Buscaba trasgos feroces
I eran leones i jígantes
El blanco de sus furores.

Mas hoi de nada le sirve
El heroísmo de entonces.
¡Tanto se mudan los tiempos!
¡Tanto varian los hombres!

Talvez murió Rocinante,...
Por eso en barcos veloces,
Desafiendo al mundo entero,
La mar sañudo recorre.

Maldito sea este siglo!
¡No hai cosa que no reforme!
¡Quitar la lanza al manchego,
Para armarlo con cañones!!

Mas, diz que en Tetuan estuvo
Dando tajos i mandobles
I que allí cambió las armas,
Para ser terror del orbe.

I cierto que es de espantar
Ver a un hidalgo tan noble
Por un puñado de estíercol
Vender así sus blasones!

¡Oh si viviera Cervantes...!
Pero Cervantes muriósel
Talvez no lo conociera,
Viendo sus planes traidores!

Cuentan que vino a estas tierras,
A conquistar corazones;
Mas llegó como los asnos,
Dando rebuznos i coces.

Su talante engañar pudo
Tan solo a unos cuantos zotés
¿Quién al loco por su temá
Al instante no conoce?

Quién sabe dónde irá a parar
Aqueste pasmo del órbe,
Con su locura i sus naves
I su recua de galeotes!

Si otra vez sano de cuerpo
A su aldea se recoje,
No intente nuevas salidas,
Que pueden molerlo a golpes.

Hágase pastor de ovejas,
Como Sancho aconsejóle;
Cuide de labrar sus campos,
Que quien no siembra no come,

Julio 20 de 1864.

SANSÓN CARRASCO.

IMPOSIBLE.

ADUJAS
Algunas que quisiera amargarme la vida.
Nunca mi oido conseguir podráss
E. de la Barra.

Imposible! imposible!... no me ama
Ni me amará jamás... yo solo debo
Partir lejos de aquí i ahogar la llama,
Que dentro el alma llevo.... Ella ama a otro.
I mientras que yo sufro amargas penas
Tan solo por su amor, ella entre tanto
Goza libre de llanto horas serenas...

¡Me humilla su desden i así la adorol
Es imposible que su imágen bella
La separe de mí: — si triste lloro,
Mi llanto es por su amor i solo en ella
Yo fijo mi placer. Cuando en el templo
Al cielo alzo mi voz, mi alma la nombra
1 hermosa en todas partes la contemplo,
En mi sueño fugaz veo su sombra,
Se acrecienta mi amor, su encanto crece,
La veo sonreir.... caigo a sus plantas
I al quererla abrazar, desaparecel

Yo conozco muy bien que esta locura
Pronto me matará; que aunque soy jóven
No puedo soportar que otros rivales
Mi esperanza me roben. La amargura
Que exacerba mi pena i mi desvelo
Bien pronto estallará: desesperado
Tú me verás morir, pero en el cielo
Algun dia sabrás cuanto te he amado!

Valparaíso, Enero 6 de 1861.

S.

A LAMARTINE.

(DESPUES DE HABER OIDO LEER SU INTRODUCCION AL CURSO DE
LITERATURA.)

—Por qué, por qué, poeta, ese alarido
Que a compasión i espanto el alma mueve?
—Por qué exhalas insólito jemido
Que, en su raiz, el corazón convmueve?
Quién así el tuyu, tan feroz ha herido?
Tus canas insultara algún aleve?
Ha, en tu seno, otra Julia fencido?
A proscribirte tu país se atreve?
No; no es eso! —Por qué entonces laceras
Todo lo que en ti es digno de memoria?
Por qué así enterrarte ántes que mueras,
Borrando, ingrato, tu espléndiente historia?
(Falso es quanto inspirado nos dijeras!
Falsos, amor, fíe i ciencia i arte i gloria!

Tarata, 1856.

M. A. MATTÁ.

CANTARES.

I.

Justo es que a tus ojos tema
Quien teme perder su calma;
Que si el fuego al enero quema,
Tus ojos queman el alma.

II.

Cuando en silencio me abismo
Por callarte mi dolor,
Va en ese silencio mismo
La confesión de mi amor.

III.

Cuando me miran tus ojos
Tus sonrojos se retiran;
¿Porqué vuelven tus sonrojos?
Cuando mis ojos te miran?

IV.

Cuando vayas a rogar
Por los muertos al panteón,
No te olvides de rezar
Por mi pobre corazón.

V.

Cuando exhalas un suspiro
Su expresión es tan cruel,
Que me parece que miro
Salir lágrimas en él.

S. Z. O.

CHISMOGRAFIA.

Me he lavantado hoy con tal humor de *pelar* al prójimo, que ya me parece que ninguno se me va a escapar. No hai una cosa mas divertida. Recien salí del colejo era yo un inocentu que me horrorizaba cuando oia que se hablaba mal de alguna persona; pero así que empezé a tratar con jentes, bien educadas, cuando començé a visitar i a ser un poco mas valiente para tratar al bello sexo, en una palabra, luego que entré al mundo, començé a tomarle gusto a eso de *ahorcar* i me fui acostumbrando a ello, de manera que ahora me parece una cosa tan divertida e inocente, como ántes me parecía indigna i de mal gusto. He llegado a tal punto que me es imposible pasarme un solo dia sin haber dado, por lo menos, un par de tijeretazos. Hecha esta confesión, pasaremos a conversar.

—A los pies de Ud., doña Catita.

—Vaya cómo se hacen desechar los jóvenes para dejarse ver!

—Supiera Ud. cuánto gusto tengo cuando la veo es Ud. tan chistosa i tan alegre para tertular.... Nunca le falta a Ud. su cuentecito salado. Vamos, digame Ud. algunas de esas novedades que nunca le faltan.

—Calla, hijo; si yo no sé nada. Vivo tan solita i tan retirada! Qué puedo saber yo de lo que pasa por el mundo?

—Si nunca deja Ud. de saber algo. ¡No ha visto Ud. a su amiga doña Jacinta?

—¡Jesus! No me hables de la Jacinta.

—Por qué? Pues yo creía que la apreciaba Ud. mucho, por que siempre las he visto saludarse con tanto cariño como dos hermanas; i mas de una vez le ha dado Ud. besos i abrazos al encontrarla.

—Bahl! Pues eso no importa nada. Son exigencias de la sociedad i es preciso concederle siquiera las apariencias. En todas partes no verás otra cosa que besos i abrazos entre mujeres i te confieso que unas a otras nos detestamos con la mejor buena fe. Las visitas nos fastidian, nos pesan, pero es necesario finjir que una estaba muerta de ganas de pasar un ratito con ellas.

—Yo creía que Ud. i doña Jacinta eran una excepción; una señora tan buena!

—Cierto; la pobre es muy buena, pero tiene unas costumbres... se lo ha puesto que es mas niña que yo, cuando por los años de 823 ella era ya casadera i yo no pensaba todavía en bajarme el vestido. I luego es tan repentina i tan presumida i tan metida a chiquillada cree que nadie tiene cosas mejores que ella i lo único bueno que tiene es la lengua; qué mujer tan peladora no te descuides con ella.

—Oh! no! yo también la conozco mucho: ¡i ha visto Ud. lo enredadora que es?

—No me lo digas! en toda su vida no ha hecho otra cosa i se hace la santita, pero a mí no me la pega.

—¡Qué distinta de Ud., doña Catita! Ud. que nunca se mezcla en las cosas de nadie i que para nadie tiene mas que cariños i buenos recuerdos.

—Así, es, mi amigo; pero si mi confesor es tan bueno! Lo que mas aborrezco es hablar mal de alguien, porque él me lo tiene muy prohibido.

—Muy bien hecho. Es una cosa tan fea eso de estarse ocupando de los otros.

—Por qué toma Ud. su sombrero?

—Su compañía de Ud. me es sumamente agradable, pero tengo mucho que hacer; pasé un minuto no mas por saber de Ud. Adios, mi señora.

—Gracias! Adios! Que le vaya muy bien.

Al salir de la casa me encuentro de manos a boca con la misma persona de doña Jacinta que se apresura a saludarme i quieras que no, me obliga a darle el brazo para acompañarla hasta la casa de una amiga a quien iba a visitar.

—Vaya! me dijo: sea Ud. galán; acompañeme unas pocas cuadras. Yo no hago caso de esa preocupación que se horroriza de ver que una mujer soltera anda por la calle sola con un joven.

—Las personas de un talento como el suyo desprecian siempre esas vulgaridades de mal tono.

—Por supuesto! Yo no quiero parecerme a esa gazzona de la Catita que todo el dia no hace otra cosa que hablar de sus virtudes; aunque esas virtudes por fuera son muy sospechosas. Si ella no fuera tan vieja ya andaría su nombre de boca en boca. ¿Ud. salió de su casa?

—Sí; tuve que verla para un encargo que me había hecho.

—¿Ha visto Ud. una mujer mas remilgada? Uf! yo no puedo ver esa clase de mujeres. Todo el dia se lo pasan callejeando i preguntando la vida de todo el mundo para formar testimonios.

—Tiene Ud. razon; esas señoras son una verdadera plaga.

—I despues van a confesarse i comulgán dia por medio para salir de la iglesia murmurando del vecino.

—Ciertol! por eso no tiene ningun amigo.

—I que ha de tener! Todos le tienen miedo. Yo la sueño ver solo por el qué dirán i por que no es bueno tener a esas personas por enemigas.

—I sobre todo para las niñas como Ud.; una mujer joven tiene su reputación pendiente de toda clase de exigencias delicadas.

—Precisamente. Por eso tengo yo tanto cuidado en lo que hago. Pero ya llegamos. Aíl compadecázame Ud.; venga aquí nada mas que por cumplir; le aseguro que para mí es un tormento la vista sola de toda esta casa. Son tan chismosas!

Así diciendo llegamos a la dicha casa; las señoras salieron a recibir al patio a doña Jacinta que corrió a su encuentro, repartiendo besos i abrazos i diciéndole que estaba loca de ganas de verlas. Entraron al salón i yo me salí riendo de contento por lo que había visto.

Voi a tertular un corto rato con mis buenas amigas, las señoritas....

—Buenos días, preciosas.

—Ah! venga Ud.; estábamos conversando de una cosa que bien puede Ud. oír.

—No habrían Uds. de cosas santas, por cierto.

—Se equivoca Ud., porque es muy santo corregir al que hiera.

—¡Hola!

—Hablábamos de nuestras amigas Paulita i Ursulina que Ud. conoce tanto, me dijo maliciosamente Joaquina.

—¿i qué decían Uds?

—Hablábamos de lo reparonas que son.

—Ah! dijo Jacoba, son unas chinchosas que yo no puedo soportar. No hacen mas que ocuparse de las otras i le miran a una hasta las medias.

—Es cierto; me he fijado en ellas, repuse yo. I les aseguro a Uds. que les tengo un miedo....

—Con mucha razon. Fíjese Ud. cómo hablan de las novias. ¡Cómo a ellas nadie les hace caso, se mueren de rabia cuando saben que alguna está para casarse.

—Pero una de ellas ha estado a punto de....

—No crea; ellas lo hacen correr, pero no habla nada; siempre están contando conquistas i los jóvenes no las pueden ver por lo dengosas que son.

—Así me parece. Yo no he visto otras niñas menos simpáticas.

—Jesus! Si no se puede ser amiga de ellas.

—I así hai muchas.

—Bahl! están de mas en todas partes. Lo mismo son las X..., las Q..., las P..., la I..., la M..., la U... i la mamá de esta i la tía de aquella.... Ave María purísima!

—No puede ser de otro modo desde el momento que ninguna de ellas ha recibido una educación formal.

—I muy en ello la quieren echar de entendidas i se quieren hacer las amables i las talentonas.

—Podían siquiera ser un poco mas disimuladas.

—Siempre andan llenas de adefecios; se visten como unas chinas i creen que andan lo mas elegantes i buenas mozas.

—La prueba es que son tan pretendidas por los jóvenes.

I una largalha una pulla, i otra clavaba un alfilerazo i yo metía mi lengua en todo i cada dieho era celebrado con una carcajada general que era lo mas divertido del mundo.

Así me voi pasando las horas a las mil maravillas; hablo con otras amigas i me entreteengo en pelar a las que pocos momentos ántes estaba ayudando a hacer lo mismo. ¡Qué tijeras tan buenas hai en todas partes!

Por ultimo i para aprovechar bien el dia me voi a tertular con algunos amigos; porque a mí me sucede al revés de aquel emperador romano que consideraba perdido el dia que no cumplía una buena acción; yo considero perdido el dia que no lo paso pelando a todo el mundo, durante seis horas por lo menos.

Los hombres lo hacen lo mismo que las mujeres, con la diferencia que estas solo se rasguñan i aquellos se sacan los pedazos. ¡Infeliz de aquel que saca su cabeza un poco mas alto que los demás! Se le hace la mas completa anatomía i no le queda un hueso bueno.

Son muy buenos amigos!

Pocas cosas hai mas divertidas que estas conversaciones; no tienen la finura de las mujeres, pero tienen una grosería terrible que es de hacer temblar al mas despreocupado.

Yo soy lo mismo; no hallo bueno a nadie.

Este tiene el pelo largo; aquél lo lleva muy corto; es éste no sabe ponerse la corbata; aquél es muy vanidoso; uno quiere echarla de sabio, el otro se hace el escéptico, aquél anda muy elegante sin tener un centavo en el bolsillo; este ha hecho unas cosas muy negras; aquél es un vicioso; todos son mal educados, tontos, pretenciosos, petardistas, ridículos, en fin, qué sé yo!

¡Y habrá quien se treve a decir que el mundo es una farsa!

Vamos a ver: ¿de qué otra cosa quieren que se hable? Qué saca uno con hablar de instrucción, de ciencias, de política, de moralidad, de sentimientos, etc. etc.? Eso es una comedia sin sal; yo no estoy con esos pobres entes que se horrorizan o finjen horrorizarse por que se habla del prójimo. Para mí la verdadera vida de un hombre está en los demás hombres; luego para vivir tiene uno que pensar en ellos. Esto es lo más natural.

Entrad a un salón donde se hable de cosas serias; unos hostezan, otros duermen, todos están lánguidos; la conversación se apaga por instantes como la llama de un candil. Pero echa a rodar un nombre propio; todos se animan y a todos se les ocurre algo alegre que decir. I vengan los moralistas a convencernos de lo contrario.

Me había propuesto escribir la revista de la semana que ha concluido ayer y veo que he escrito la revista no de una semana, sino de todas las semanas y de todos los días. Y aunque a nadie le guste he de seguir *pelando*, aunque con un poco de más cuidado porque este piquetito le va a tocar a la autoridad local.

Lo que hace el orgullo de Santiago es nuestro paseo de la alameda; ese es el punto de cita de la sociedad para ir a darse un agradable rato de recreo en las hermosas tardes de los días templados. Los días de fiesta sobre todo, el paseo se hace bellísimo con la concurrencia que lo visita. Pero desgraciadamente la autoridad lo quiere hacer parecer un camino real, tal es la cantidad de polvo que lo hace detestable. El Domingo último aquello parecía una cosa fantástica, pues todos los paseantes se movían envueltos en una espesa nube de polvo que los hacía invisibles a la distancia. Cada uno llevaba en su estómago una cantidad de tierra suficiente para levantar un edificio de adobes.

Si no hubiera estado yo mismo medio ahogado, me hubiera puesto seguramente a hacer comparaciones con las húries y las hadas que los orientales nos pintan envueltas en nubes luminosas. Pero solo me acordé de echar maldiciones a la autoridad por su descuido y por su poca galantería; otro tanto hacían las señoritas y las niñas, no obstante su acendrado catolicismo. ¡No se podría regar la Alameda siquiera tres veces por semana, ya que las nubes se empiezan a poner tercas como el año pasado! Si el señor Intendente tuviera la bondad de darse una vueltecita por allí a cualquiera hora del día, es seguro que la tos y los estornudos que le causaría el polvo, se cambiarían mas tarde en una orden de riego. I nuestras damas le darían un sincero voto de gracias acordándole el título de caballero cortes y gallante.

Lo decimos para cuando las nubes se pasen muchos días sin echarnos una ligera lluvia.

No concluiré sin darle, así como de paso, un restregón a nuestro buen pueblo de Santiago. ¡Qué vellón, Dios mío! I no hay esperanzas de que le arroje, por que lo tiene pegado al cuerpo como el cáñamo al hueso. El jueves último lo dió a conocer y parece que ese día tenía el vellón mojado por que lo abrumaba con su peso.

Era el aniversario de la Independencia del Perú; día de gloria, día de resurrección para la América entera. Bandas de música tocaban piezas marciales, en la casa habitación del Ministro Peruano; pero ni siquiera una voz que celebrase el grandioso recuerdo, ni siquiera un

grito se oyó que llevase por el aire la expresión de un noble entusiasmo. Lo mismo sucedió en el teatro en la noche del mismo día; los himnos nacionales de Chile i del Perú arrancaron apenas unos pocos aplausos que se apagaron en el momento de nacer. ¡Qué habrá hecho la patria para que sus hijos le vuelvan la espalda i no tengan siquiera una fibra que palpite al recuerdo de sus glorias?

—El editor me encarga que antes de concluir esta ensalada eche un poquito de ají para los lectores *gratis*. ¡Qué plaga, Dios mío! En mi vida he visto una desfachatez igual. Ya se vé; lo primero que se enseña ahora a los niños es a perder la vergüenza; i preciso es decirlo en su honor que cuando llegan a grandes ya lo han aprendido hasta la perfección. La delicadeza i la dignidad están pasadas de moda.

Pues señor, aquí vienen esos horribles vichos: Présiteme Vd. el último número del *Correo Literario*; yo no he podido suscribirme.

I lean, critican y rabian, pues ni por el precio les gusta.

La parte literaria es mala, no tiene importancia ninguna; la literatura está perdida. ¡Jesus! qué malas caricaturas! Deben hacer esto más ridículo, no tiene piensa de gracia, estas otras son peores, están demasiado ridículas. Algunos son tan perspicaces que creen que los verdaderos retratos, son caricaturas. ¡Infelices!

I salen criticando como si les hubiera costado mucho. Esto porque es bueno y aquello porque es malo. Al fin será preciso poner en la puerta un aviso en letras gordas diciendo que a nadie se le permite leer *gratis*; comprar o suscribirse y así sabrán lo que es bueno.

Ah! si se pudiera conseguir que ningún suscriptor prestará el *Correo* a los que no lo son! La publicación cuesta plata, mucha plata y es tiempo ya que no crean que se está trabajando para que ellos se diviertan *gratis*.

A esta clase de lectores que nos hacen rabiar día a día les haríamos esta pregunta:

Por qué no van también a las tiendas a pedir a los comerciantes unas cuantas varitas de jénero de balde? o por qué no van a una sastrería a pedir prestado un levita para darse un paseo y después volverlo todo sucio? Pero ¡qué han de entender! si los lectores *gratis* no tienen orejas.

—Se ha publicado en estos días, con el título de *Inspecciones Patrióticas de la América Republicana*, un hermoso volumen de cantos patrióticos de todos los poetas americanos. Es una preciosísima colección, en donde están unidos los nombres de nuestros héroes a los recuerdos gloriosos de nuestra historia. La falta de espacio nos impide hablar de ella detenidamente; pero la recomendamos al público como un libro de mérito.

OREMUS.

ARABESCA.

Hai figuras en los bancos del Congreso, cuyas proporciones es casi imposible reducir a los estrechos límites del marco en que pretendemos colocarlas, i que lastima verdaderamente el tenerlas que bosquejar a grandes pinceladas, sin tomar en cuenta los minuciosos detalles que dan a veces la expresión a su conjunto. No todos los caracteres poseen una o dos cualidades sobresalientes que basten para fijar su imagen moral; hai algunos tan variados e inquietos que no permiten asirlos de un golpe, i que es necesario estar siempre con la paleta i el pin-

cel en la mano para ir anotando una a una sus cualidades, sean buenas o malas, porque si se pierden de vista un instante, aparecen confusos, llenos de sombras e imperfecciones. A estos pertenece el que tocámos ahora definir.

Digamos de una vez su nombre. Es don Antonio Varas; el hombre que por tantos años ha influido de una manera directa en los destinos del país, i cuya política hará época en nuestra historia; el jefe del partido que ahora comienza a desbandarse porque ve rotas sus lejones, sin embargo de contar todavía fuerzas suficientes para prolongar su robusta senectud.

Dos fases distintas presenta la notable figura de Varas, la del orador i la del político. Como están enteramente ligadas no trataremos de separarlas.

Veamos.

Varas tiene como orador brillantes cualidades i conocidos defectos. Apostura desafiada como su lenguaje, voz áspera, acción rápida i precipitada como su pensamiento, inteligencia clara, expresión energética i llena de fuego, vasta ilustración, corazón grande i alma apasionada. Cuando trata una cuestión, la presenta con novedad, se cuida especialmente de no repetir lo que otro ha dicho, i se lanza sin preámbulo ni exordio devorando los argumentos i las palabras, con tanta precipitación que desespera a los taquígrafos. Salta de un lugar a otro sin fijarse para nada en la hilación del razonamiento. Suele acontecer que apenas comienza a desarrollar un pensamiento lo abandona, pero es porque ha divisado una razón más poderosa i que cuadra mejor a su demostración, se ha aferrado de ella, la ha acomodado a su discurso en el primer lugar en que cupo i ha seguido adelante.

Su larga carrera parlamentaria le ha presentado muchas ocasiones en que manifestar su brillante talento. Mas de una vez ha pronunciado elocuentes discursos llenos de pasión i colorido, combatiendo una minoría inteligente i mecida por el aura popular.

Fácil de impresionarse, se deja arrastrar por la pasión, i con toda la viveza de su espíritu, se lanza como un torrente contra sus adversarios cuando se encuentra colocado en el terreno de las recriminaciones. Entonces sus ojos despiden chispas, se erizan sus cabellos, domina la Cámara con su voz, que toma cierta cadencia i modulación peculiar, i un raudal de palabras brota de sus labios. Tiene valor i energía cuando se encuentra comprometido en alguna árdua cuestión, i la defiende de mil maneras, dando vuelta los argumentos con una facilidad incomparable. No teme arrostrar la ira del pueblo, i si es necesario, se encara a la barra i la apostrofa sin miramientos, hasta hacerse aplaudir.

Carácter indomable e intolerante que no pue-

de soportar nunca con paciencia ni las opiniones de sus amigos cuando difieren de las suyas. Por eso lo vemos revolverse en su asiento, cubrirse el rostro con la capa, jesticular i no tener un solo instante de tranquilidad mientras otro orador está esponiendo ideas que no son de su agrado.

Difícil sería hallar en el seno del Congreso tres hombres que conozcan como él la gran máquina administrativa, i sepan hablar con tanta propiedad el lenguaje de los negocios. Varas no conoce otro, pero suele también cuando se impresiona, i se exalta, hablar el de la pasión.

Su estilo es árido, nunca hace uso de flores ni adornos literarios, sus discursos son descarnados i precisos, pero tiene una abundancia de ideas, i un caudal de palabras de que sabe aprovechar ventajosamente cuando se encuentra comprometido en alguna discusión. Es fuerte en sus ataques i no pertenece a nadie si no es a él mismo. Parece haber nacido para mandar. Es absolutista i dominante. Si fuera posible, querría que todo el mundo anulara su propia voluntad, para tener él solo la facultad de pensar. Le gusta que los demás sean máquinas de ejecutar, i cuando mas, concede que discurran en aquellos asuntos que por su sencillez a todos les es dado el hacerlo sin disentir.

Es este uno de los defectos más notables que tiene Varas como hombre político.

No basta un talento brillante, una ilustración general, ni ser un estadista para saber gobernar; necesario es también, poseer un tacto esquisito para contemporizar con todo el mundo, i una prudecia razonable para saber hasta donde es permitido sacrificar el pensamiento propio al de los demás.

La opinión pública, único tribunal que puede juzgar a los hombres también públicos, ha formado muy diversos juicios sobre el que nos ocupa. Pero ¡cuántas dificultades no se presentan para conocer el verdadero entre todos los que hasta hoy se han formulado! Puede decirse con seguridad que su mayor parte se ha dictado sin hacer abstracción de los odios de partido, de las malas pasiones que tueren muchos sanos criterios, i sin tomar en cuenta las circunstancias, i los acontecimientos que han podido influir en las determinaciones del gobernante.

Exentos de odios, i sin más norma que la verdad a que rendimos culto, nos abstendremos sin embargo, de juzgar la conducta de Varas como hombre político. A nadie hemos oido prodigar mas alabanzas ni deprimir tanto por sus mismos conciudadanos; lo que nos muestra la dificultad de encontrar la verdadera expresión del juicio público.

En este período legislativo, el más crítico de

su carrera parlamentaria, i el primero en que se halla en oposición al gobierno, ha probado que la desgracia simpatiza siempre con la desgracia, mostrándose más de una vez liberal i defensor de los derechos del pueblo.

Ya no es el hombre omnipotente de ántes, pronto a encaminar las cuestiones al lugar que mas le convenia. Le ha llegado la época de prueba, la dura época de contrariiedades que debia precisamente acarrearse su política tirante e inflexible.

En este duro trance, trabaja aun por hacer creer que no está abatido por el enorme peso de una mayoría mas disciplinada que la que el dirigió en otro tiempo, pero son vanos sus esfuerzos. Necesario es ser una montaña, para detener el iniente alud desprendido de las altas rejas oficiales. En esta situación podia, con un poco de voluntad, prestar servicios importantes a su patria, oponiendo todas sus fuerzas a la corriente invasora, que amenaza desbordarse, de las ideas de inquisicion.

Importantes reformas se han presentado al Congreso, en cuyas discusiones no podrá menos de tomar parte. Muestre de una vez, confiese que los tiempos han cambiado, que la legislación del país necesite posar sobre bases sólidas, i sobre principios invariables de justicia i libertad, i verá, entonces, levantarse miles de voces que lo ayuden a contrarrestar los males que amenazan radicarse en el gobierno de nuestra joven República. Ponga sus brillantes dotes oratorias al servicio de la causa americana, ayudando a su patria; deje de ser la figura indeterminada i confusa que bajo el punto de vista político es ahora en el Congreso, i su situación cambiará indudablemente.

Reasumamos: Varas es orador de primera clase, de vastos conocimientos e ideas, tiene una viveza inmensa para abarcar las cuestiones a la primera mirada, su lenguaje es descarnado pero es varonil su expresion; es irreflexivo en su dialéctica pero lógico en su razonamiento. Como político es confuso, desigual i difícil de comprender sin estudiarlo detenidamente. Las emociones de su alma se revelan siempre en su rostro simpático, i es tal la relación mutua que existe en todo su ser, que lo indeterminado i desigual de su fisonomía corresponde perfectamente a otros tantos accidentes de su carácter. Otros han dicho ya que «es un buen libro todo desencuadrado»; pero sin descocer lo exacta que es esta definición en el fondo, tambien se puede decir de Varas que es mas fácil decir lo que no es, que decir lo que es, aunque esto sea una paradoja.

S. A.

Perfiles i bajos relieves.

LA COQUETA DE QUINCE AÑOS.

Le gustan de todos modos
Cuando le echan galanteos;
Sean hermosos o feos
Quisiera amarlos a todos.

LA DE VEINTE.

Los alhaga o los enoja,
Ya atenta, ya indiferente
Se lleva continuamente
Jugando al tira i alijo.

LA DE TREINTA.

Queriendo, en perjuicio de uno,
Con todos apecuchagar,
Ha venido a resultar
Que se queda sin ninguno.

Contestación al Duende.

Señor Duende: Sin entrar a contestar a U. en la parte que no me pertenece, lo hago solamente en lo que me toca como editor del *Correo Literario*. Maliciosamente trata U. de darle a este periódico un carácter político que no tiene. El *Correo* no es ni será la chalupa en que se guareza nadie, ni los ex-redactores de la *Voz de Chile* ni los ex-redactores del *Independiente*.

El *Correo* sabrá cumplir con lo que prometió en su prospecto: *Independencia absoluta para las ideas i las personas* sin abandonarizar jamás en ningún círculo ni partido político. Tan cierto es esto, señor Duende, como que a U. le consta mas que a nadie, que cuando solicite su colaboración, uno de los encargos que le hice fué el no ocuparnos mui de cerca de la política militante, i por este motivo no puse la primera revista que U. escribió para el *Correo*, pues por ella se abandonaba el periódico desde su primer número.

Si los que fueron redactores de la *Voz de Chile* se han prestado jenerosamente a colaborar en el periódico, junto con otras personas que no se nombran, lo han hecho a solicitud mia i sin tener injerencia ninguna en esta empresa de pura especulación. Si los redactores de la *Voz de Chile* quisiesen escribir, creo que ningun diario les negaría sus columnas para hacerlo.

Sirva esta esplicación, señor Duende, para que en adelante no trate U. de torcer las narices a las cosas, i para que se persuada U. i el público, que el *Correo Literario* no es ni rojo, ni pelucon, ni nacional, sino verdaderamente independiente.

JACINTO NUÑEZ.

A última hora.

¡HONOR A LA CAMARA DE DIPUTADOS!

Estando ya nuestro periódico en prensa, apenas tenemos tiempo para dar a la Cámara de Diputados un voto de gracias i un viva entusiasta en nombre de la República, por el proyecto aprobado en la sesión de ayer, de no reconocer en la América otra forma de gobierno que la republicana democrática. ¡Honor al diputado Matta autor de la mocion! ¡Honor al señor Lastarria que la amplificó de una manera tan en relación con los sentimientos del país!



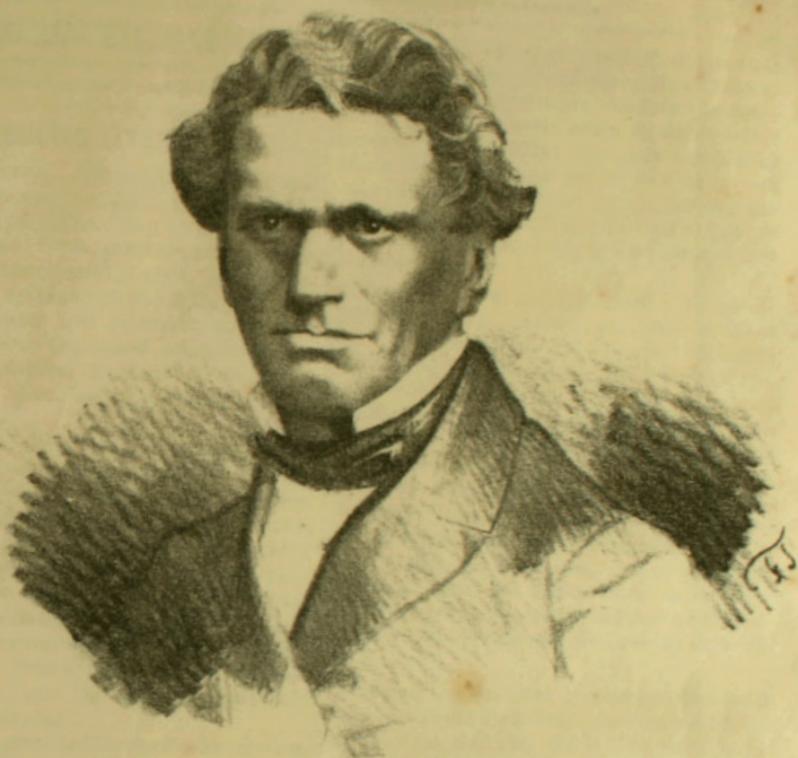
Aguarda!... aguarda!... yo tambien quiero aunque

Quedándome la noche desocupada, solicito la Comandancia



La Fusion, en presencia de los acontecimientos de Chincha, se mete las manos en los bolsillos.

CONGRESO NACIONAL.



D. ANTONIO VARAS.